

Cómo piensan los escritores



**Richard Cohen**

Blackie Books, 2018  
336 páginas  
23 euros  
★★★★

Lector voraz

**Robert Gottlieb**



Navona, 2018  
424 páginas  
26 euros  
★★★★

RODRIGO FRESÁN

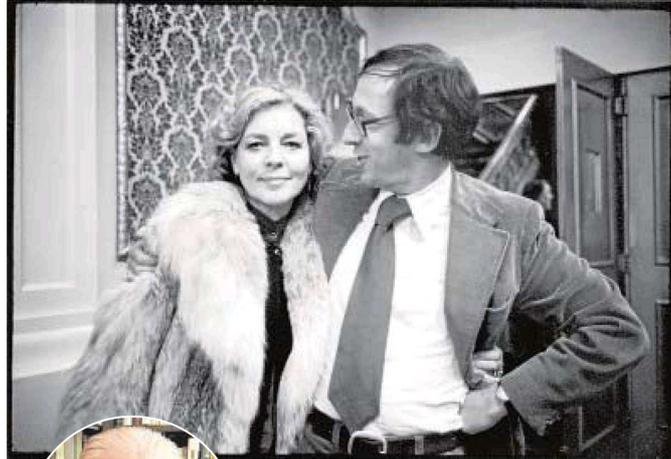
Maxwell Perkins que está en el cielo fue y es y será, por los siglos de los siglos, el gran patrono del editor en idioma inglés. Un hombre humilde y paciente que, en su momento, supo lidiar y domesticar y corregir y pasar en limpio a las volátiles personalidades de titanes como Thomas Wolfe, Ernest Hemingway o Francis Scott Fitzgerald entre otros. Casi nada. Perkins (1884-1947) hasta su último día en la Tierra, cuando era considerado una leyenda, sostuvo que «No puede existir nada tan importante como puede llegar a serlo un libro» y que «Un editor no agrega nada a un libro. Como mucho funciona como una doncella para el escritor. No crea nada y, como mucho, contribuye a que el autor pueda liberar su energía. Lo mejor de un escritor sale de sí mismo». Así a Perkins jamás se le ocurrió escribir un libro sobre su hacer y deshacer. No importa: hay muchos redactados en su memoria. Y aquí (por favor, que alguien traduzca pronto el magnífico y revelador y un tanto desencantado *The Accidental Life: An Editor's Notes on Writing and Writers* de Terry McDonnell) vienen dos más.

**Perturbador**

El título original y en inglés del libro de Richard Cohen —editor entre otros de John le Carré o de la laureada biografía de Malcolm X— es más gracioso y un tanto más perturbador: *Cómo escribir como Tolstói: Un viaje a las mentes de nuestros más grandes escritores*. Pero la decisión de cambiarlo tomada por Blackie Books no es desacertada. Porque es un título engañoso que podría hacer pensar que se trata de un tratado

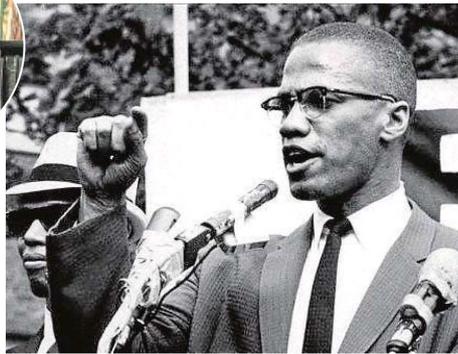
## COHEN & GOTTLIEB: EDITAR ESCRIBIENDO

El oficio de editor, sus cuitas y cotilleos, discurre por las memorias de dos grandes: Richard Cohen y Robert Gottlieb



**AMOR A SUS AUTORES.**

En la parte superior, Robert Gottlieb con Lauren Bacall, de quien editó sus memorias. Richard Cohen (arriba) cuenta entre sus muchos aciertos con la edición de la laureada biografía de Malcolm X (a la derecha)



de técnicas y consejos más o menos inútiles cuando, en verdad, es un astuto y nutritivo anecdotario de varios de los autores favoritos de Cohen funcionando, sí, como manual casi subliminal. Una forma de aprender más a partir del ejemplo que del ejercicio.

Ya desde la primera pági-

**GOTTLIEB EDITÓ A TODOS Y A TODAS, Y HASTA PUBLICÓ VARIAS BIOGRAFÍAS, COMO LA DEDICADA A DICKENS**

na Cohen acierta. Porque elige como ejemplo del hechizo que un hechicero ejerce sobre su hechizados esa escena que jamás se olvidará al leerla por primera vez. Ese momento de *Anna Karenina* en que el terrateniente lírico Konstantin Levin le pide matrimonio a la princesa Katerina Aleksándrovna «Kitty» Sherbatski escribiendo con tiza sobre el tapete verde de una mesa de juego iniciales letras sueltas que, definitivas, ya nunca volverán a separarse. Porque Kitty va a leerlas y a hacerlas suyas con todo su corazón y su ce-

rebro y (como recomendaba leer Vladimir Nabokov) su espina dorsal.

A continuación, Cohen mete mano y ojos en todo y en todos para analizar grandes comienzos, estructuras narrativas, plagios y homenajes, maneras de entablar diálogos o de presentar personajes, finales, amores y muertes y miedos. Y los invitados a la fiesta son muchos e inolvidables: Jane Austen, Stephen King, Francine Prose, T. S. Eliot, Virginia Woolf, Laurence Sterne, Iris Murdoch, Kafka y un largo etcétera. Y lo más divertido e interesante de

todo es el modo en que Cohen expresa opiniones en las que impera el sentido común pero por eso privándose de provocar y sorprender con ideas que van de lo original a lo, en ocasiones, inspiradamente delirante. También, claro, se ofrece un superficial paseo por oficinas y despachos de la vida editorial (las *majors* o la *indie* que fundó con su nombre) y sus grandes miserias y sus pequeñas recompensas.

**Mito viviente**

Y es de eso que, principalmente, se ocupa a fondo la *memoir* de ese mito viviente que Robert Gottlieb. De seguro, el inspirador para esa inevitable serie de televisión que será el equivalente a la publicitaria *Mad Men* en lo que hace a la edad de oro del *publishing* en Manhattan y alrededores. Gottlieb vino y leyó y venció y estuvo en todas partes. Editó a todos y a todas y hasta publicó varias biografías (mi favorita es la dedicada a la numerosa y fatal prole de Charles Dickens) y varios volúme-

**LOS INVITADOS A LA FIESTA DE COHEN SON MUCHOS E INOLVIDABLES: AUSTEN, KING, ELIOT...**

nes acerca de dos de sus pasiones: el mundo de la danza y el coleccionismo de bolsos de mano de plástico.

Pero su sitio en la historia y en el trono de por vida estaría ya asegurado con dos tan colosales como por siempre agradecibles hazañas de las que da cuenta *Lector voraz*: la organización y forma y bautizo de cientos y cientos de páginas que acabaron siendo el clásico moderno *Catch-22* de Joseph Heller (así como de su posterior y aún mejor *Algo ha pasado*) y el convencer a un más que renuente John Cheever de que sería una buena idea la de reunir todos sus descatalogadas colecciones de relatos en un único y contundente volumen de portada color rojo. También, digámoslo, Gottlieb llevó a cabo la hazaña de leerse todo Proust en una semana y sin salir de su habitación. Y así los diferentes platillos se suceden, por lo general, en breves párrafos que se querrian más reposados y de digestión más lenta.

En cualquier caso, cabe pensar que Perkins desde su altura disfrutaría tanto de lo de Cohen como lo de Gottlieb y hasta es posible que, leyéndolos, se sintiese tentado con un «Ah, si yo contara...» ■